

EDITORIAL

Carlos Javier GONZÁLEZ SERRANO

Universidad Complutense de Madrid

DOI: <http://dx.doi.org/10.15366/bp2015.11>

Suele decirse últimamente –tanto en entornos exotéricos como esotéricos (siguiendo la canónica distinción planteada por Platón en su conocida *Carta VII*)–, que las publicaciones de carácter académico (y, dígase también, aunque no siempre resultan ser expresiones sinónimas, de carácter universitario) consisten en un compendio, más o menos organizado, de trabajos en los que brillan la falta de originalidad y el escaso esfuerzo de quienes en ellas publican. Que no se persigue –denuncian– la genuina investigación sobre asuntos no tratados o escasamente estudiados.

Gran culpa de la mucha o poca verdad que contengan tales afirmaciones la tiene, sin duda, el fatídico vuelco de las últimas reformas educativas en Europa (y concretamente en España). En particular, y en expresión sin tapujos, las Humanidades han resultado vapuleadas. La pereza es sin duda el peor enemigo de una sociedad sana. Y quizás habría que releer las palabras de Aristóteles (o hacérselas leer, metérselas por los ojos y hasta las entrañas a ciertos individuos, recordando la franqueza unamuniana) en *Política* I, 2: «La naturaleza [...] no hace nada en vano, y el hombre es el único animal que tiene palabra. [...] Pero la palabra es para manifestar lo conveniente y lo perjudicial, así como lo justo y lo injusto. Y esto es lo propio del hombre frente a los demás animales: [...] la participación comunitaria [...]».

Somos los únicos animales que nos asombramos de nuestra propia existencia (astucia poco aprovechada, desde luego), que no la damos por sentada. Autores clásicos como nuestro Baltasar Gracián o Michel de Montaigne, entre muchos otros, hicieron hincapié en esta faceta *asombrosa* que nos reporta el hecho de vivir. Es esta inquietud o asombro por lo que nos rodea lo que hace que la filosofía nunca dé por satisfecho su deseo. Por eso, los avances en la ciencia no hacen más que incrementar su campo y aspiraciones. La ciencia no es impedimento, sino más bien motivo y motor de un más acendrado y renovado impulso filosófico.

En una palabra: los secretos y enigmas más hondos de nuestro ser no serán resueltos jamás por una fórmula matemática.

La filosofía no es una ciencia, ni aspira a serlo; sabe que su labor está siempre por hacer, inconclusa. Mientras existan seres humanos existirá la filosofía y, de alguna manera, todos seremos hijos de una madre de la que, servil y violentamente, nos quieren separar. Pero la impronta permanece.

Editorial

Sea como fuere, el presente volumen, en el que se reúnen textos de diversa temática sobre la figura de Antonio Rodríguez Huéscar, sabe eludir, y elude, cualquier atisbo de sospecha sobre dos aspectos que mucho tienen que ver con la propia figura de nuestro protagonista. Por un lado, nos pone sobre la pista de que la filosofía no es solo una disciplina o un método, una asignatura o un saber universitario, sino que, ante todo, es un impulso, un ahínco o, más certeramente, una *voluntad de ser*, de distinguirse y distinguir. La filosofía es un saber escrutador (y por tanto, siempre en movimiento) que horada, sin cesar, el sí mismo individual y el sí mismo social. Por otro lado, el volumen de *Bajo Palabra* que el lector tiene entre sus manos se ocupa de una figura que aún no ha cobrado la importancia y relevancia necesaria tanto en España como en cualquier ámbito hispanohablante, la del que quizás fuera el más ferviente discípulo de Ortega, que sintió en sus propias carnes el quejumbroso (en tanto que fastidioso, al decir de Schopenhauer [*leidigen Selbst*]) eco de la filosofía, que desde muy pronto sintió y al que muy pronto prestó sus oídos.

Gracias al buen hacer de nuestra directora, Delia Manzanero, al meritorio trabajo de los autores de los distintos artículos, así como a la encomiable iniciativa de los coordinadores de este volumen, Jesús M. Díaz Álvarez, José Lasaga Medina y José Emilio Esteban Enguita, asistimos al titánico y nada sencillo despliegue personal del espíritu de un hombre que entendió que la filosofía no es realidad exclusiva de entornos universitarios o eruditos, sino que, más allá, es la filosofía un peculiar modo de vida en el que no caben las excusas ni los prejuicios. Rodríguez Huéscar es retratado en estas páginas en sus múltiples vertientes (la de brillante escritor, la de serio investigador, la de fiel —aunque en absoluto acrítico— discípulo, la de ser humano que arrostra los problemas propios de la vocación) de manera rigurosa, pero también cercana y abierta, de manera que reconocemos aristas y vericuetos en los que ahondar y, sobre todo, obras que estudiar, leer, disfrutar. De especial interés, por su importancia para entender las vicisitudes personales del más joven Rodríguez Huéscar, resultan las cartas que intercambiaron este y Ortega, en las que el filósofo de Ciudad Real pone sobre la mesa todas sus dudas al respecto de perseverar en su destino, sobre si era o no adecuado dejarse arrastrar por su persistente *daimon*.

Es por ello que estas páginas encierran una doble utilidad: primero, la de mostrar que, a pesar de las sospechas más arriba mencionadas, el trabajo de investigación en español está muy vivo y goza de excelente salud; y después, la de examinar una figura injustamente aún poco tratada. Estoy seguro de que este número de *Bajo Palabra*, que tanto hemos cuidado, espoleará la curiosidad de diversos lectores y que su contenido incitará la escritura de estudios y tesis doctorales.